

¿Por qué sí podría pensar que soy *algo así como* un cerebro en una cubeta?

a) Diferencia 1 con la máquina de conversar: conciencia reflexiva.

La diferencia entre la máquina de conversación y el cerebro en una cubeta, si es y funciona como el nuestro, es que el cerebro sí tiene conciencia, y sobre todo, tiene una experiencia interna de las representaciones, del modo en que las vivencia, de sus inquietudes, estados de ánimo, etc. Y tiene reflexión, puede generar sentidos en un campo de pensamiento propio, que se desmarca de la mera receptividad sensorial. El cerebro recrea una experiencia interna propia que es colateral a la experiencia “servida” por la computadora que le manda los estímulos. Incluso si el lenguaje que usa el cerebro también es inventado por la computadora, en la medida en que forma un sentido consciente y es lógicamente consistente, el cerebro piensa, y no siempre como lo querría o lo esperaría la computadora.

b) Diferencia 2 con la máquina de conversar: uso semántico del lenguaje.

Otro punto es que la máquina, al no tener conciencia, tampoco tendría conceptos. Como lo dice Putnam, en su caso se trata de un juego sintáctico, de una interrelación de símbolos reglada gramaticalmente, como si las palabras fueran engranajes que buscan su encaje con otros engranajes, y sólo los que tengan los dientes compatibles entrarán en una relación de conversación y respuesta. Pero el lenguaje que usamos los seres humanos no es sólo sintaxis, también es semántica, la cual involucra conceptos y referencias (e incluso conceptos sin referencia, pero con sentido). Los cerebros, aparte de utilizar una gramática, tienen terminaciones nerviosas que le dan cierto comercio con estímulos (sean lo que sean exteriormente) a los que nombran y describen, lo que les permite establecer algún tipo de conexión referencial entre signos y estímulos. Cosa que Putnam reconoce (p. 27).

c) Los CEC no pueden referir pero sí conceptualizar.

Entonces, aunque un cerebro en una cubeta (abreviamos: CEC) no se refiera a cerebros y a cubetas con una referencia concreta al mundo real, debido a que falta la conexión causal con ellos (noción que, podemos suponer, Putnam toma de Saul Kripke, el filósofo creador de la teoría causal de la referencia); esas palabras que estarían referencialmente vacías, no obstante estarían conceptualmente llenas. Si el cerebro piensa en el teorema de Pitágoras, éste tiene sentido y consistencia lógico-matemática, independientemente de que el cerebro nunca haya visto un triángulo real, o incluso de que en el mundo real haya algo como un triángulo. Pensemos en la frase de Kant: impresiones sin conceptos son ciegas, conceptos sin impresiones son vacías. Los cerebros en cubetas sí tienen impresiones (estímulos), y aunque estas sean sólo apariencias en la imagen, aún así les permitirían recrear y poner en uso conceptos.

d) Qué son los conceptos. Primera parte.

Hay al menos dos maneras de pensar los conceptos, si los entendemos como significados. Una es la manera wittgensteineana que propone Putnam, anclada en el uso, la otra es la fregeana, anclada en el sentido.

Según Gotlob Frege, los enunciados y los nombres tienen referencia (la cosa designada), representación (una imagen a partir de sensaciones y recuerdos), y sentido (una descripción o un conjunto de descripciones, que para el caso presente podríamos equiparar a un concepto, o a un pensamiento).

Pero Putnam atiende sólo a la referencia y a la representación, y suprime el sentido. Sin embargo, aunque los cerebros en cubetas que piensen que lo son, no logren establecer una referencia respecto a cerebros y a cubetas reales, sí logran establecer una relación conceptual en la cual ellos se imaginan en una situación así: como siendo *algo así como* un cerebro en una cubeta, con el sentido que esa expresión tiene. A lo que sí pueden referirse es a los rasgos y características de una situación que sea *hipotética*, en la que ellos *podrían estar*. Como Putnam mismo reconoce cuando dice que esa situación hipotética es lógica y físicamente posible, esa situación tiene un *sentido* admisible y válido, al menos en tanto que hipótesis.

Es más, supongamos que la máquina les brinda una caracterización de ellos mismos en tanto seres humanos con cerebros (que luego ellos pudieran descomponer para decir que son sólo cerebros), cuando en realidad son algún otro tipo de forma de vida inteligente que no tuviera cerebro ni cuerpo humano, pero sí inteligencia, conciencia y sistema nervioso similares al humano. Y que ellos no obstante piensan, así engañados, que son cerebros en cubetas, cosa en realidad inexistente en ese mundo. Aún así, habría algo de cierto en su pensamiento: su relación de dependencia hacia la máquina o lo que fuere que monopolizara su campo perceptual y su lenguaje, y su estado de aislamiento respecto del mundo real, en tanto algo distinto a su vinculación con la máquina. Conceptual y lógicamente tendrían un sentido pasible de ser considerado verdadero, al menos en sus rasgos de “relación de dependencia” entre “sí mismos y “algo otro manipulador” y de “relación de aislamiento” entre “sí mismos” y “algo otro general para todo lo existente” (el mundo). Y esto sería: la dependencia de todo estímulo externo respecto a “una cosa otra”, lo que sea, que lo monopoliza arbitrariamente, y los mantiene en un hábitat de aislamiento alucinatorio y falaz respecto del mundo.

e) Primera posibilidad a favor de los CEC.

Entonces, ¿y si el pensamiento de los cerebros aludiera sólo a estas relaciones de dependencia y aislamiento respecto de “algo externo”, y no a referencias de cosas reales concretas?

f) Qué son los conceptos. Segunda parte.

Pero como decíamos, Putnam elude el sentido, y sólo habla de referencia y representación. Incluso cuando habla, en el último inciso, sobre comprensión y conceptos. Allí se pliega a la noción wittgensteineana de significado como uso, que extiende a la comprensión. En pág. 32 dice que los conceptos (“al menos en parte” (p. 33)) consisten en una capacidad para emplear

ciertas oraciones situacionalmente, como si los conceptos fueran, tan sólo, unas instrucciones de empleo. No comprender, sería entonces, tener imágenes peladas que no sabríamos cómo emplear correctamente en un contexto. Comprender es saber usar los conceptos. Con esta jugada Putnam resume el comprender en un saber usar contextualmente, y en un saber producir efectos adecuados voluntariamente en ese contexto.

En pp. 30 y 31 Putnam dice que los conceptos no son imágenes, y que atribuir a alguien un concepto no es atribuirle representaciones ni meros símbolos. Los conceptos son símbolos que se usan de cierto modo.

Pero Frege diría algo parecido, si equiparamos concepto, pensamiento comprensivo y sentido: el sentido es algo distinto del símbolo, distinto de la representación, y distinto de la referencia. Y sin embargo, Putnam no dice que los conceptos tampoco sean sentidos o descripciones con sentido. Elude completamente esta opción, ni siquiera se toma el trabajo de mencionarla para refutarla. Quizás justamente porque ese es su talón de Aquiles, que ha de mantener bien oculto de la mirada del adversario.

g) Segunda posibilidad a favor de los CEC.

Puede que los CEC sí tengan conceptos mediante los cuales pudieran pensar lo dicho en el inciso e).

Si tomamos la vía fregeana los CEC tienen conceptos.

Pero incluso si nos olvidáramos de Frege, y le permitiéramos a Putnam esta movida que prescinde del sentido en tanto cúmulo de descripciones, aún así para los CEC hay un contexto en que saben emplear los términos correctamente. Ellos manejan una gramática y un vocabulario, están interconectados con otros cerebros, y tienen una experiencia de manipulación voluntaria de los objetos-imágenes con que son estimulados. Es decir que interrelacionan oraciones y fenómenos contextualmente y los emplean para poder modificar las imágenes-representaciones de acuerdo con la propia voluntad, ya que en la cubeta el “mundo” es los estímulos que el cerebro recibe del programa.

Con lo cual, incluso en la versión putnamiana de los conceptos, los CEC en cubetas sí tienen conceptos, y sí comprenden y piensan.¹

h) Semántica descriptivista. ¿Y si los CEC sí pudieran referir?

Es evidente, aunque él no lo mencione en el texto, que Putnam se pliega a una semántica kripkeana basada en la teoría causal de la referencia, que viene a enfrentarse justamente a la

¹ Comentario adicional: tomar al significado como uso para Wittgenstein es una forma externa y pública de poder fijarlo sin apelar a la teoría correspondentista o figurativa-lógica de correlación entre palabra y cosa, como así también de evitar un platonismo del significado, como en el que finalmente cae Frege. Pero anclar el significado en el uso público de las palabras no implica necesariamente, como hace Putnam, vaciar a los conceptos de descripciones o de nociones proposicionales de definición. Sólo implica que la última palabra respecto a qué significa algo la tiene el uso que está vigente en la comunidad, y que genealógicamente es el uso el que fija y nos permite comprender por primera vez el significado, en tanto producción social y pública del lenguaje. Una vez que yo aprendo el lenguaje, agregó a mi conocimiento del uso de los términos una comprensión de su sentido.

semántica descriptivista de Frege y Russell. Ambas teorías semánticas, la causal kripkeana y la descriptivista, tienen sus pros y sus contras, que no discutiremos aquí. Pero el ejercicio que propondré puede que escape a las críticas de Kripke a las descripciones.

Supongamos que los CEC tuvieran la sospecha de que algo no anda bien, y de que, sólo por si acaso, deberían buscar una forma alternativa de decir “somos cerebros en una cubeta”, sólo por si acaso.

Entonces podrían expresarse con un carácter estrictamente condicional e hipotético, y preguntarse: “si hubiera algo en el mundo que reuniera todos los rasgos cualitativos que nosotros reunimos cuando hablamos de “cerebros”, no de la imagen o representación sino cuando describimos lo que para nosotros es un cerebro, cuando definimos “cerebro” para todo mundo posible independientemente de mi percepción de un cerebro real; y si hubiera algo en el mundo que coincidiera en sus rasgos específicos con lo que nosotros entendemos por “cubeta”, y si fuera físicamente posible que en el mundo ambas cosas se pusieran en una relación tal que un cerebro en una cubeta fuera manipulado por una computadora; nosotros, ¿podríamos ser cerebros en cubetas?”

Es decir: si establezco una definición hipotética, me puedo preguntar si hay algo en el mundo real que la satisfaga, por más que nunca haya tenido una conexión causal con ese algo. En geometría (y este ejemplo es de Descartes) yo puedo definir una figura de mil lados, un kiliágono, sin haberlo visto nunca y sin poder siquiera imaginar su aspecto. Y si aún así el enunciado “hay kiliágonos en el mundo” es posible de ser verdadero o falso, dependiendo de si alguna figura existente reúne las características o propiedades de mi definición de kiliágono, así mismo, la descripción hipotética de un cerebro en una cubeta podría coincidir o no con un estado de cosas real. Si sí coincidiera, ¿me habría referido a ese estado de cosas? ¿Implica esto una teoría mágica de la referencia?

Agregarle al símbolo una descripción de su referencia, establece condiciones de verdad, que el símbolo por sí mismo no tiene. Quizás eso rompa el hechizo de la referencia mágica, mediante una preferencia de otra entonación mágica, que establezca otro hechizo semántico.

Quizás ambas formas de referir; la causal, y la descriptiva, apelen a una conexión fantasmagórica en la cual sólo nosotros creemos.

i) Gracias Hilary.

Si después de todo, sí fuéramos cerebros en cubetas, la demostración de Putnam de que cuando decimos “cerebros en cubetas” no nos referimos a cerebros y cubetas reales, lo que haría, por un lado, es hacernos comprender mejor la relación entre nuestra mente y el mundo, como él mismo lo dice. Pero además, de eso se seguiría que también, en esa condición de incapacidad de lograr una referencia directa, seríamos capaces de pensar la posibilidad de que haya otros sentidos y otras referencias hipotéticas para los términos cerebros y cubetas. Que además del sentido y la referencia de la imagen aparente, podríamos pensar en un sentido hipotético que hace referencia a algo externo extralingüístico o extraprograma, con el cual no obstante nunca hayamos tenido contacto real, ni relación causal. Es decir, podríamos hipotetizar una referencia distinta a la imagen o al estímulo, sin saber si existe o no. En

definitiva: si Putnam mismo fuera un cerebro en una cubeta, habría demostrado que puede establecer esa *distinción conceptual* entre su percepción de un cerebro aparente en la imagen, y esa otra relación hipotetizada con una realidad a la que nunca tuvo acceso, pero que no obstante puede pensar e imaginar como posible.

Es decir que la clarificación semántica que hace Putnam nos hace más aptos para pensar dicho escenario hipotético de un modo menos ingenuo, y más conscientes de la posibilidad de que estemos en una especie de limbo semántico en que nada de lo que percibimos y pensamos esté relacionado causalmente (y referencialmente) con lo que realmente haya “afuera”.

En realidad, lo que se autorefuta no es la preferencia “somos cerebros en una cubeta”, sino la demostración de Putnam.